

A MODO DE COMIENZO: INTRODUCCIÓN

Un escritor es, por definición, un misántropo que ama a la gente y un demonio que ha profesado los hábitos de la disciplina propios de un asceta. Busca recuperar el ruido del mundo desde la soledad, trascender y profundizar en los datos de la vida para filtrar de ella una verdad a medias exagerada al doble. Es capaz de encontrar, en la cotidianidad aparentemente normal, los indicios de lo extraño, lo revelador, lo inesperado y hacer que todo eso aparezca de algún modo en sus historias. Cuando el lenguaje común no nos basta para describir lo que pensamos o sentimos, un escritor puede darles una voz a las singulares emociones y percepciones del mundo, una voz en la que todos podamos reconocernos y redescubrirnos¹.

Alonso Cueto, *Homenaje a Alonso Cueto*

En estas palabras iniciales de Alonso Cueto está contenido el punto de partida desde el que se precisa otear el horizonte vital y literario de su persona. Un fragmento que empieza por la palabra ‘escritor’ y que termina con el verbo ‘redescubrir’, porque ambos términos, condición y acción, son indudablemente un signo de identidad en su estilo. La escritura y la lectura abundantes representan los caminos que mejor definen a este autor limeño, puesto que fueron un refugio en la niñez, todavía se constituyen como oficio y placer ocioso, y por la inquietud de su naturaleza se prevé que seguirán siéndolo durante mucho tiempo. Cueto entiende que quien lee sólo necesita de su imaginación para alcanzar lo imposible. Quien escribe es un *voyeur* del espejo del

1. CUETO, Alonso, *Homenaje a Alonso Cueto*, Lima, UPC, 2000, p. 41.

mundo, alguien ambiguo, multiplicado, con apetencia de extremos y límites, que ha elegido observar y contar antes que hacer y vivir. Claro que contar y observar también es una deliciosa forma de existencia.

Con la intención de profundizar en esos y otros pensamientos de esta significativa voz de la narrativa peruana contemporánea, y de reunir en un mismo texto al hombre y al creador, se ha realizado el presente estudio. El propósito es el de ofrecer una panorámica general de los aspectos más importantes que rodean a las que se han considerado hasta ahora sus tres mejores obras: sobre todo, *Grandes miradas* (2003) y *La hora azul* (2005), y como complemento de ambas *La pasajera* (2015). Esto no significa que la producción anterior y posterior, y específicamente algunos títulos, carezcan de una considerable relevancia crítica en su carrera, hasta el punto de marcar incluso giros estilísticos en su evolución. Sin embargo, estas tres obras suponen un antes y un después por diversas razones: no sólo plantean una temática distinta, una especie de ficción histórica con tintes socio-políticos, ingredientes que aunque ya habían aparecido previamente en otras novelas y cuentos nunca fueron combinados con tanta depuración. También asistimos a la culminación de un período, donde se fusionan todas las tendencias experimentadas: los ánimos de evasión de su adolescencia, el gusto eterno por la literatura fantástica y de detectives, el peso de Henry James, de Chesterton, de Carver y de la narrativa norteamericana y asiática más destacada. Explosión de fuente y creación libre que se complementó con un lenguaje nervioso y de gran plasticidad.

Es decir, en definitiva Alonso Cueto convirtió a este tríptico narrativo en la confirmación de toda una trayectoria, y sin duda supone la llegada de un cambio profundo en su escritura, que además suscita grandes defensores y detractores entre la crítica y opinión públicas ya que propició una mayor difusión y conocimiento de su autor en territorio europeo.

En cuanto a la organización de la estructura, el presente trabajo consta de tres grandes capítulos: “Origen”, “Alonso Cueto y la Generación del desencanto” y “La novela política de Alonso Cueto: *Grandes miradas*, *La hora azul* y *La pasajera*”, tres ámbitos que delimitan y definen la materia de estudio en los términos de contexto, tendencias literarias y obra. De esta manera, la clasificación permitirá adentrarse en aquellos resortes externos e internos que motivaron la formación plena de los textos analizados.

Para comprender la literatura, muchas veces se precisa observar alrededor de su fundación, pues esta mirada con perspectiva de la realidad permite entender en parte algunas pulsiones escritas. Por ello, el capítulo “Origen” se centra en la historia que caracteriza al Perú recogido por Cueto en sus tres

novelas, un Perú que en aquel momento experimentaba el dolor provocado por las heridas de una guerra aparentemente interminable (las causadas por el régimen de Alberto Fujimori y el grupo terrorista Sendero Luminoso) y el sentimiento de frustración que sobrecogía a los hombres ante las dudas del mañana.

No obstante, para encontrar las raíces del conflicto hay que retroceder en el tiempo y entender la configuración innata de este país.

En el primer capítulo, por lo tanto, se discurre sobre la identidad. El Perú es rico en medios, cultura y tradición. Las frecuentes oleadas migratorias, la convivencia de diferentes familias lingüísticas, la heterogeneidad incluso en la música, han propiciado la formación de un entorno pluralizado y envidiable. Pero por otra parte el país lleva arrastrando una serie de obstáculos a consecuencia de esta *multirrealidad*, obstáculos que se han vuelto demasiado cotidianos y que han pasado a integrar casi la caracterización de su modo de vida. Se trata de la creciente corrupción y del racismo, dos motivos centrales que gravitan en torno a las novelas de Alonso Cueto.

La corrupción es una enfermedad contagiosa que lleva mermando la esperanza de los peruanos desde la creación de los primeros gobiernos. Así se explica lo que Lev Timofeyev denomina *meta-corrupción* o corrupción de corruptores, es decir, cuando el acto de corrupción no se oculta, sino que se presume, pues deja de considerarse un delito para convertirse en una viveza. Desde la etapa colonial hasta los períodos más recientes, pasando sin duda por el gobierno de represión fujimorista, el Perú ha sido víctima de estos excesos, difundiéndose entre la población un sentimiento viciado de resignación y angustia. En mitad de este sinsentido, son los sectores más pobres los que sufren en primera línea (y han sufrido siempre) los desvaríos de la corrupción, algo que acentúa al mismo tiempo la focalización del racismo. Como diría Gonzalo Portocarrero, habitar en una “sociedad de cómplices”².

Sin embargo la particularidad del Perú en aquel momento era que la violencia sólo era escuchada por quienes la padecían. Las clases media y alta estaban ensordecidas por los ruidos de la capital, y las clases bajas seguían sucumbiendo ante los mismos errores. Parecía claro que la llegada a la presidencia de Alan García y de Alberto Fujimori después, por muchos aires de populismo que trajesen consigo, no cambiaría el curso de los acontecimientos.

2. PORTOCARRERO, Gonzalo, *La Sociedad de Cómplices: Como Causa del Desorden Social en el Perú*, 11 de septiembre de 2005, publicado en el siguiente enlace interactivo: <<https://gonzaloportocarrero.lamula.pe/2005/09/11/la-sociedad-de-complices/gonzaloportocarrero/>> Fuente online: (consulta: 13/10/11).

Así fue como surgió la figura de Abimael Guzmán, a la que se le dedica el segundo apartado de este trabajo.

Este profesor universitario, admirado por sus alumnos y compañeros, urdía en su interior una filosofía revolucionaria basada en los preceptos de Mao Tse Tung, entre otros. En su mente se gestaba una idea, oscura y confusa en su primera fase, pero que instigaba una acción transformadora, un cambio en las tornas del poder promovido desde abajo. Poco a poco fue ganando adeptos por medio de su discurso salvador, capturando a los incrédulos de justicia y fijando los pilares de su ambicioso partido, Sendero Luminoso. Dichos pilares eran fundamentalmente tres: la ideología se sigue y se obedece con una fe religiosa; la militancia del pueblo debe ser entendida como renacimiento purificador; y sólo será posible avanzar mediante la violencia terrorista.

Semejante personalidad suscitó el interés de Alonso Cueto, que enfocó primero *La pasajera* y después *La hora azul* analizando en parte las consecuencias que el líder de Sendero Luminoso acarreó en quienes lo seguían o en quienes eran acusados de ello, es decir, precisando qué les quedó a los que nunca fueron escuchados. Asimismo, deseaba reflejar cómo una parte del ejército peruano tampoco supo defenderlos, sino más bien sucumbir ante la violencia y ejercerla sobre los que no tenían nada. Ellos (las víctimas) son, por ende, los verdaderos protagonistas de estas dos obras, que a pesar de su relación mantienen claras y fundamentales diferencias.

Pero toda conducta desorbitada tiene una repercusión. El cuarto apartado se dedica a repasar el contrapunto del terrorismo senderista: la respuesta de la República de Alberto Fujimori. De este modo revisaremos la peculiar vida y obras del jefe de Estado y de su siniestro asistente, Vladimiro Montesinos. Ambos personajes, presidente y delfín, representan la cara opuesta del fanatismo de Abimael Guzmán, aunque en órdenes similares: guerra sucia, maniqueísmo, corrupción. Este tándem dirigente se describió como la única salida para eliminar la presión del terrorismo, que obligaba a los campesinos serranos a convertirse a su causa. El *Chino*, el extranjero peruano, lanzando desde la tierra arengas de atención a los desfavorecidos y vistiendo sus mismas ropas. No obstante, y una vez en el poder, a medida que el partido fujimorista se hizo fuerte fue cambiando también la estrategia. El objetivo ya no era derrocar el pensamiento contrasubversivo, sino eliminar cualquier sospecha de oposición al régimen, fuera o no peligrosa, fuera o no cierta. Mientras tanto, y durante los veinte años que se prolongó el enfrentamiento armado, Vladimiro Montesinos se hacía con el control del Ejército, de las Fuerzas Armadas, y muchos creen que hasta del propio presidente.

Por ello *Grandes miradas*, el otro texto de la triada narrativa, sitúa ahora el contexto de la historia en el corazón de las altas esferas, y el lector podrá observar las dos caras de estos individuos, la fortaleza del mito y la miseria del cobarde.

Por último, para tener una visión completa del origen, no sólo es importante hablar de las causas que motivaron la llegada y perpetuación de la guerra, sino también de los resultados que ésta tuvo en el Perú, que supuso tantos años de sufrimiento. Cuanto más teniendo en cuenta que para Alonso Cueto ese lado del conflicto, oscuro o ignorado muchas veces, el que esconde el desarraigo de las personas, es lo que verdaderamente le interesa.

Pues bien, este cuarto apartado indaga en el *Hatun Willakuy* (“Gran Relato”, en quechua), resumen del Informe Final de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación. Una vez se terminó con el mandato de Fujimori, el gobierno de transición consideró urgentemente necesario el nombramiento de una comisión que intentara desentrañar las numerosas violaciones anónimas y consabidas de los Derechos Humanos y sobre todo que intentara explicar por qué se había permitido aquella masacre absurda. En este Informe de la Comisión –dirigida por Salomón Lerner Febres³ y compuesta por doce comisionados más–, se insiste en que cada vida es irremplazable, pero sirve de ejemplo saber que el número estimado de muertos en el Perú durante 1980 y 2000 rondaría la escalofriante cifra de 69 mil personas, procedentes en su mayoría de los sectores más pobres, como el distrito de Ayacucho. Más víctimas que en todas las guerras internacionales y civiles que había tenido el país en 180 años, según Carlos Iván Degregori⁴.

A lo largo de las páginas del presente trabajo iremos extrayendo las conclusiones más determinantes de los testimonios documentados, que incluían a campesinos, indígenas, pero también civiles o policías, y construyendo las secuelas psicológicas, sociopolíticas y económicas que trajeron tantos años de matanzas.

Una vez conocido el panorama general, es preciso que nos adentremos ahora en el capítulo “Alonso Cueto y la Generación del desencanto”. En él, como su nombre indica, conoceremos al autor, sus influencias, sus inquietudes,

3. Salomón Lerner Febres es filósofo, profesor universitario del Perú y ex rector de la Pontificia Universidad Católica.

4. DEGREGORI, Carlos Iván, *Estado de miedo*, documental de Pamela Yates, 2005.

los aspectos más señeros de su vida, y revisaremos el mundo literario que lo ha acompañado siempre y el que le rodea en la actualidad.

Para empezar a distribuir esta información, partiremos de los maestros, pues no hay que olvidar que la tradición desde la que Cueto y otras voces iniciaron su camino es la famosa generación del 50. Por supuesto, cuentan con generaciones más cercanas, como las del 60 y el 70, pero aunque hubo autores importantes que destacaron en estas décadas, sus tendencias ideológicas seguían otro tipo de prioridades, y la estela dejada por algunos hitos del llamado “Boom” incidió con más fuerza en la escritura de los hombres del 80, según ellos mismos reconocerían. En efecto, hablar de las generaciones del 60 y 70 supone quedarnos en lo fundamental con una visión militarista del Arte, al servicio de una revolución sociopolítica antes que de una revolución en las letras. Además, y aunque es innegable la producción de autores como Miguel Gutiérrez, Oswaldo Reynoso o Eduardo González Viaña (este último más distanciado si cabe), la verdadera exaltación generacional se produjo en el terreno de la poesía, lo que aparta totalmente de este enfoque al limeño Alonso Cueto.

Así pues la generación del 50 fue, manteniendo la semejanza con su sobrenombre, una explosión sociocultural tanto en su propia época como en épocas posteriores. Sus referentes alcanzaron gran éxito en todos los ámbitos; a saber: Edgar Valcárcel, en música; Fernando de Szyszlo, en plástica; Augusto Salazar Bondy, en filosofía; Federico Kauffmann, en historia; Alberto Escobar, en estudios literarios; Carlos Castillo Ríos, en escritura y periodismo; Yolanda Westphalen, en poesía; Luis de la Puente Uceda, en política; y por supuesto Vargas Llosa, Bryce Echenique y un largo etcétera en narrativa.

Una serie de rasgos generales, nacidos de estos maestros, se mantendrán posteriormente en la llamada *generación* de Cueto, como son el nacimiento de la novela moderna, la obsesión por la ciudad y su periferia o el gusto por grandes escritores latinoamericanos o extranjeros (Clemente Palma, López Albújar, Allan Poe, Maupassant, Chéjov, Balzac, Tolstoi, Dostoievski o Faulkner, figura central). Es decir, todos los miembros del 50 tienen una “perspectiva continental”, valorando la producción literaria en sí misma y olvidándose de limitaciones grupales. En esta línea parece encaminarse el conjunto de autores de los 80, pues frente a la dificultad de establecer criterios unificadores verdaderamente convincentes cada uno presentará un estilo de trabajo propio.

En cuanto a la narrativa, también se especificarán las dos vertientes en las que se bifurca: una más influenciada por el mundo indígena, representada por José María Arguedas (gran amigo del padre de Alonso Cueto), que procura la recuperación de los sectores serranos para deshacer la imposición del

viejo orden, y otra más desarraigada, representada por Mario Vargas Llosa, que tenderá a ser una literatura en busca del ejercicio creador y a veces de la evasión creativa.

Como observaremos en el segundo apartado de este capítulo, será en esa última posibilidad donde se enmarque la obra de Alonso Cueto, con títulos mucho más enfocados a desentrañar las relaciones entre el hombre y la urbe, entre mente y espíritu, entre presente y pasado. No obstante las distancias, no se trata de dos caminos totalmente divergentes, pues el cruce entre ellos, de temas o lenguajes, es lo que los hace ricos y plenos.

Frente a las similitudes que presentaban los autores del “Boom”, en este capítulo comprobaremos que aquellos que se engloban en la llamada generación del 80 carecen de un grueso de características comunes que los identifiquen y estrechen. Prácticamente sería preciso un estudio individualizado para llegar a entender y abarcar cada una de las tendencias que desde el punto de vista temporal se reúnen bajo esta denominación, por mucho que compartan una misma perspectiva o contexto. Por otro lado, Guillermo Niño de Guzmán (que entraría en este grupo) acierta a la hora de calificarla como “generación del desencanto”, pues se trata precisamente de una bandera en casi todas sus obras y condiciones. Para comprender semejante título hay que remontarse a los años 60, período que conllevó desde el sonado “Mayo del 68”, que proclamaba “la imaginación al poder” y que infundió un ánimo de modificación y rechazo de lo anterior, hasta las tendencias socialistas extraídas de la Revolución Cubana, pasando por el mundo “hippie” y su filosofía pacífico-amorosa, la desinhibición sexual, las drogas, el Rock and roll o las ideologías anti-bélicas. El Perú quería participar de este estremecimiento impetuoso del mundo.

Para que esto fuera posible la política debía tender su mano, pero los rumbos gubernamentales que a partir de entonces se tomaron seguían conduciendo al mismo sitio: el fracaso, el desequilibrio económico y la dominación. Poco a poco la mentalidad positiva de un principio fue dejando paso al desencanto ante los golpes de la realidad. Los autores del momento se sentían engañados, y unos acusaban el estado de corrupción sin mucho éxito mientras otros preferían mantenerse al margen de lo que ocurría.

Así, y teniendo en cuenta las dificultades editoriales y difusoras de textos tan amplios como la novela (por el contrario, la poesía encontró mayores y mejores salidas), de todos los autores adscritos a esta ideología sólo dos lograron perpetuar sus voces y trabajos: Cronwell Jara y Alonso Cueto, este último con una producción mucho más rica.

Una vez planteado el conocimiento de la generación del 80 y de las obras que merecen mención, en el tercer apartado de este capítulo discurremos en torno a la figura de Alonso Cueto, dentro de su sencillez y complejidad, es decir, dividiendo al hombre del escritor, revisando los datos biográficos más significativos y los que sostienen al autor en sí mismo.

Alonso Cueto es el mayor de tres hermanos (el mediano Santiago, el pequeño Marcos), nacido en el seno de una familia acomodada. Sus padres, Carlos Cueto Fernandini y Lilly Caballero Elders, no sólo han sido importantes para él, sino también para su país. Carlos Cueto fue un padre y un intelectual ejemplar. Volcado en labores pedagógicas que compartió con su esposa Lilly, y fruto de una sólida formación profesional, logró llevar la investigación y los avances educativos en el Perú hasta donde pocos lo habían hecho. Profesor en la Universidad de San Marcos y catedrático en la Católica, extenderá sus publicaciones y conocimiento a lo largo y ancho de países como EE.UU., Argentina, Brasil o España, una dedicación que le concederá numerosos reconocimientos y lo ascenderá a ministro de Educación durante los períodos de 1965 y 1966. Sin embargo, mientras su carrera estaba en lo más alto, el 2 de noviembre de 1968 Carlos Cueto fallece dramáticamente por un derrame cerebral. Lilly Caballero es el otro contrapunto de esta historia. Siempre había priorizado la educación de sus hijos, y a partir de la muerte de su marido entenderá como una promesa el hecho de continuar con la labor que Carlos Cueto había comenzado. Con una fuerte personalidad, activa y valiente, transmitió el interés por la cultura general a los suyos, y hasta su triste muerte a los 89 años de edad el pasado 8 de julio de 2015 seguía siendo el punto fundamental en su agenda.

Poco a poco el presente trabajo revelará en este capítulo aquellos aspectos que componen una constante creativa en los textos del autor limeño, y el sentimiento paterno y materno es sin duda un elemento clave, directa o indirectamente. En el caso del padre, la forma de expresión es a través de la pérdida, en el caso de la madre a través de la protección que a lo largo de toda su vida pudo darle. *La hora azul* recoge a un protagonista que desconoce quién es en el fondo su padre y qué oscuro pasado ha tenido. Sin embargo, su madre es aquel espíritu que desde un segundo plano alivia su vida, le recuerda sus orígenes y le instruye sobre cuáles deben ser sus próximos pasos. En *La pasajera*, Delia representa para su hija Viviana ese instinto de protección, mientras que desconocemos quién es en realidad su padre. En *Grandes miradas*, de nuevo se manifiesta la ausencia de un ser querido. Guido Pazos, juez que cree en la verdad con mayúsculas, será asesinado violentamente y su novia Gaby deberá

averiguar por qué, mientras que la figura de su madre, paciente pero viva, simboliza la vuelta al orden, la vuelta a casa.

Junto a pilares en la literatura de Cueto, la existencia de un pasado que siempre regresa, las pulsiones paternales, el dolor de la venganza, el lenguaje rápido y plástico o lento y descriptivo, está su insaciable apetito creador. Alonso Cueto no sólo ha nacido escritor, sino que desea serlo, es su oficio y su deleite más humano, porque gracias a ello puede sentir que diviniza lo que hace. La necesidad de escribir, de transmitir lo que piensa, es fundamental ya que no conoce otra forma de organizar el mundo sino desde la palabra. Así le nace naturalmente y así lo adquirió de sus principales fuentes de conocimiento: Henry James y su análisis psicológico de los personajes; toda la literatura clásica y el ímpetu de aventuras en sus héroes; la literatura negra y el ansia de búsqueda; alguna reminiscencia a los textos bíblicos; la ensoñación de la realidad en Onetti; la orfebrería narrativa en Vargas Llosa. En el presente trabajo, y para cerrar este segundo capítulo, conoceremos al autor y a aquello que lo inspira en lo más profundo.

Para finalizar, el tercero de los capítulos recibe el nombre de “La novela política de Alonso Cueto: *Grandes miradas*, *La hora azul* y *La pasajera*”, puesto que es aquí donde realizamos una investigación más pormenorizada de los tres títulos que acercaron a un mayor público la literatura de Alonso Cueto. En ellos se deduce que a pesar de la contextualización y de la simiente histórica presente, Cueto la utiliza sobre todo como un telón de fondo y prioriza el tratamiento del tema y del texto frente a cualquier rigor en los datos. La novela se coloca por encima de la realidad. Esto no quita, por otro lado, que el autor desempeñe una labor de recopilación informativa seria y que para construir su obra requiera ceñirse a la veracidad de lo que expone, con el mayor de los respetos posible.

Aclarado este punto, en el caso de *Grandes miradas* partimos del propio título, y encontramos una completa teoría sobre la visión del otro y la óptica del poderoso y el subyugado, que viene siendo un tema obsesivo para el autor. Se nos invita a ahondar en la importancia del acto de la observación, impulso incesante en el comportamiento animal que ha adquirido una rica simbología a lo largo de la historia y que se revela como práctica específica en cada individuo.

Pero no solamente reside en esta novela toda una teorización sobre la mirada, sino también una revisión completa sobre la jerarquía del Mal, que encuentra su sino en la imposición del más fuerte. Los personajes, las acciones, los valores en la vida, todo está controlado por un orden de principios que no

admite movimiento. Así es el gobierno que han construido Fujimori, Montesinos y los suyos. Por eso, otro de los puntos importantes en esta reflexión busca indagar en la oscuridad que profesan estos dos personajes, en sus debilidades y en sus excesos. La prosa que utiliza Cueto en esta novela consigue desnudar los complejos pensamientos que ambos individuos entrañan, los momentos de lucidez y los actos más macabros y cotidianos, como la afición de Montesinos por grabar cada una de sus extorsiones y victorias, lo que se dio a llamar *vla-divídeos*. Aquí se vuelve a mezclar realidad y ficción, y conocemos cada detalle de esta actividad frecuente en el jefe del SIN, un nuevo juego de la imagen que serviría para doblegar al enemigo, una filmografía del horror fundamentada en una enorme inseguridad personal.

En cuanto a *La hora azul*, se precisa trabajar la imagen del otro, una otredad en mayúsculas, que implica el desconocimiento de los que están en el exterior pero también de los que conviven cerca, a nuestro lado. Aquí no hablamos de grandes miradas, sino de la ausencia de la capacidad de ver, de una ceguera hacia lo inhumano. Adrián Ormache, un hombre de buena familia, será consciente del mundo que desconoce, un mundo donde habitan aquellos que sufrieron la realidad plenamente, que fueron víctimas de la guerra.

Para llevar a cabo esta representación del sentimiento de búsqueda tan enraizado en Alonso Cueto, Adrián deberá encontrar a la india Miriam, mujer que un día escapó de los brazos del coronel Ormache (padre del protagonista), y de la que nunca se supo nada más. Ese viaje tendrá un doble sentido: exterior, trasladándonos mediante el personaje desde la Lima insular hasta la tierra arrasada de Ayacucho; e interior, pues la personalidad aparentemente fuerte y bien edificada de Adrián irá cayéndose a pedazos en cuanto descubra lo ignorante que había sido. Pero los viajes tienen otros muchos valores en esta novela: junto a Cueto y Ormache viajaremos desde la estabilidad de la abogacía hasta su miseria y engaño; desde la idea del caminante en *La hora azul* hasta la manifestada en otras obras del mismo autor (*El tigre blanco*, *Demonio del mediodía...*); desde la realidad más tangible hasta la asimilación de esta aventura con las vividas en los universos mitológicos, etc.

Sin embargo, este movimiento espacio-temporal no sólo es físico, sino que también puede convertirse en un movimiento onírico. Los sueños tienen una función diversa en *La hora azul*, pues permiten al soñador reunirse con personas que ya no están, visitar espacios que desaparecieron, o de la misma forma revelarles verdades universales, aunque ocultas en ese momento por miedo o por dolor.

Asimismo, este buscador de recuerdos, este soñador de evidencias, lleva a cabo su destino en un continuo juego metaliterario, porque todo detective, aunque sea de su propio ser, necesita marcar un itinerario fijo, organizar los pasos a seguir. De esta manera, *La hora azul* es un enorme diario personal en el que Alonso Cueto busca con su escritura hablar sobre un personaje que escribe sobre su propia búsqueda. Juegos literarios, giros tan humanos como ficcionales, que apasionan al autor limeño.

Con respecto a *La pasajera*, hablamos de la obra menos extensa, pero no por ello de menor importancia. De hecho, puede considerarse el germen desde el que partirá *La hora azul*, si bien *La pasajera* también profundiza en cuestiones distintas. Aquí nos centramos en Arturo, un taxista que fue exmilitar en el pasado y que se siente corroído por la culpa. Arturo se arrepiente profundamente de permitir la violación de una mujer indígena, Delia, a la que no puede olvidar. Este hecho lo ha perseguido toda su vida y ya no ha vuelto a ser el mismo, hasta que un día se produce el esperado encuentro. Delia entra en su taxi, y a partir de entonces comienza una búsqueda desesperada por traer de vuelta los recuerdos y llegar al fondo de la verdad.

Para realizar un estudio completo de la obra, repartiremos los intereses de la misma en dos apartados: en el primero comenzaremos por trabajar los personajes y el universo narrativo que rodea a la historia, mientras que en el segundo nos ocuparemos de los parecidos y diferencias que la novela contiene en relación a *La hora azul*. Y es que en *La pasajera*, como decimos, destacan algunas constantes particulares que han interesado mucho a Alonso Cueto. El mundo del taxista, como un confesor ambulante que recopila los relatos de viajeros anónimos y habladores; o la religiosidad de sus pasajes, con una simbología clara basada en la culpa, el perdón, el peregrinaje, la fe.

Por otra parte, en el último de los apartados hablaremos del estrecho vínculo entre Alonso Cueto y el cine, que lo ha llevado a introducir un estilo muy peculiar en sus novelas y a que no pocos directores hayan apostado por la adaptación a la gran pantalla de varios de sus títulos, en concreto esta trilogía.

De esta manera, y teniendo en cuenta otros aspectos fundamentales para esta triada narrativa –tales como la mezcla del universo de la mitología y de la Biblia, como la importancia de la mujer poliédrica, como la fusión entre el pasado vivificador y la muerte–, Alonso Cueto demostrará que no es sólo un escritor de novelas, sino una conciencia viva y crítica de la sociedad peruana, sacudida mil veces por la violencia, y un nombre clásico de la mejor literatura peruana del último siglo.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres Ana y Melquiades y al resto de mi familia, que me han acompañado siempre y han engrandecido, si cabe, el amor por lo que hago. A mi querido Rafa, por todo; por tanto. A cada uno, gracias por las palabras, las páginas y la vida.

A José Manuel Camacho, por ser mi guía, confiar ciegamente en lo que hago y compartir este amor por las letras hispanoamericanas. A aquellos que durante mi viaje hicieron posible una estancia para recordar: Alonso Cueto, Lilly Caballero, Susana Bedoya, Agustín Prado, y otros muchos artistas, intelectuales y compañeros que han hecho de esta aventura un sueño cumplido.

Por último, a aquellos que de una forma u otra han animado en mí la búsqueda de la belleza y la curiosidad literaria, y por supuesto, a las muchas voces del Perú.